



Eladio Cabañero

O EL AMOR A LA TIERRA

Leyendo y escuchando a Eladio Cabañero no es difícil descubrir que lleva toda la esencia de la palabra amor enraizándole la entraña, que luego se le hace tronco en el corazón y en la mente y la expande, rama y hoja, espíritu, en sus entregas poéticas. Ama a la tierra donde nace, sus hombres, sus costumbres, su medio ambiental, con el afecto del más noble niño que conserva el hombre; vuelve siempre que puede a su origen: Tomelloso, La Mancha, se proyectan y universalizan a ritmo de su verso. Puro, solidariamente puro, alienta un ansia de perfección por todo cuanto toca y desea («ata fuerte las sogas por los nudos, / los amarillos puños de esparto») y quisiera —intuyo— vivificar el ensueño convirtiendo el árbol de su estatura en majuelos abonados con la razón de la ética y la estética como filosofía del humanismo futuro desde la calidad del hombre que es y se sabe poeta. Cuatro, cinco libros, han sido más que suficientes para que nadie dude en considerar a Eladio —ya desde el principio— como uno de los poetas más representativos de su generación, de palabra más pura e influyente en quienes vinieron y vienen detrás.

P. Aparte de tus reconocimientos nacionales e internacionales, nadie duda que eres el poeta más genuinamente manchego; por ello intuyo que muchos lectores de LA HORA se estarán preguntando el porqué de tu largo silencio. Veinte, son muchos años sin dar un poema, ¿a qué es debido?

R. Efectivamente, sin dar un libro completo llevo ya mucho tiempo: con exactitud veintiún años y medio. Mira si llevo bien la cuenta de mi sequía. Me preguntas que a qué es de-

bido y la verdad es que no lo sé. Pero voy a intentar una respuesta —la de siempre— a ver si yo mismo me aclaro: puede que no escriba porque soy demasiado exigente. Porque acaso no crea en la bendita posteridad o por creer en ella en demasía. Por aburrimiento o por pensar que escribir es estéril. Por agotamiento o impotencia retórica. No lo sé... Acaso sea todo más sencillo y piense, en el fondo de los fondos, que se puede ser poeta sin escribir pero pidiendo aquello que yo pedía al final de un soneto: «Todos en vela, avizorando. En vilo / todos, por si la muerte mella el filo / y por fin salva un verso a una persona». Esta —entre otras— pudiera ser la razón de todo.

P. Surge y surge limpio en el panorama poético español, con el primer libro que publicas, «Desde el sol y la anchura» (1956); pero el primer poema de este libro está dedicado a un hombre (José María del Moral) que hizo bastante por el Ciudad Real de entonces. ¿Abre también este nombre tus puertas a la poesía?

R. José María del Moral dejó en nuestra provincia huellas imborrables. Su talante de intelectual liberal y aperturista, su entrega por la cultura, significó en aquellos tiempos tan difíciles un bien impagable para todos nosotros. Yo le debo mucho. Todos sus amigos le debemos mucho.

P. Habían transcurrido quince, dieciséis años desde el fin de la guerra civil, iban quedando atrás temas y posturas poéticas, incluso políticas, tú llegas a la poesía oliendo a tapial y a yeso, hablas de amor y del hombre, hablas de humanidad y comprensión, sobre todo escribes de la gente sencilla de nuestros pueblos manchegos, y lo haces tan sinceramente, que no pocos piensan en la pureza de Miguel Hernández, com-

parando similitudes biográficas, ¿consideras tú que hay algo afín entre ambos?

R. No hay hombre sin hombre (dice un refrán manchego); ni poeta sin poeta, añado yo. Afinidades y similitudes biográficas aparte, que las hay, ¿cómo no voy a estar adscrito a un poeta tan grande y tan del pueblo como Miguel Hernández? En cuanto a parecerme a él, ¡ya quisiera yo!

P. Con «Una señal de amor» (1958) consigues el accésit del premio Adonais. No te apartas aquí tampoco de los temas que son raíz en tu poesía y que están clavados en la tierra donde naces y creces; pero en ellos la palabra amor logra un sentido más amplio, ¿ha entrado la ciudad en tu poética, o son los anónimos del pueblo que han emigrado a la ciudad y se crecen en tu social-humanismo?

R. Yo no sé si la ciudad entró en mí o, simplemente, entré yo en ella. Las dos cosas, supongo. Lo que sí sé es que yo traía de Tomelloso todos mis recuerdos y muchas palabras. Y un gran amor a la poesía, aparte de mi pasado social-humano. Después conocí aquí en Madrid a grandes poetas e incomparables amigos —entre ellos cuento a los libros— que fueron decisivos para mi formación poética y para mi enriquecimiento cultural y humano.

P. Tus tres primeros libros están concebidos con un alto valor humano pero es, sin duda, en «Recordatorio» donde más entrañablemente se acerca el poeta a los hombres. ¿Influye en ello el momento histórico de España, la corriente poética imperante o es la propia intención del poeta?

R. «Recordatorio» es —como tú apuntas— mi libro humanamente más profundo y rico. ¿El mejor de los